

bajador infatigable y que en los momentos de descanso, que le dejan aquellas tareas que le dan para vivir, encuentra siempre en el seno de su hogar un momento en el cual le da expansión a sus sueños de artista. El triunfo conquistado pone de relieve su condición de escritor de pura cepa, a quien no le arredran los sacrificios para poder darle a su sensibilidad las satisfacciones más íntimas, como son las de crear belleza y darle relieve a lo que en su talento creador destaca la vida de Chile y de su gente.

Pezoa Véliz y Undurraga

El poeta Antonio de Undurraga dedicó varios años a estudiar la obra y las condiciones más características de la poesía de Carlos Pezoa Véliz, muerto prematuramente en el Hospital de San Vicente, de Santiago, a la edad de veintiocho años.

Ocurre con frecuencia que en esta clase de libros se hacen largas divagaciones a base de conjeturas que pueden ser acertadas, o pueden errar fundamentalmente, para dar la sensación exacta de lo que fué la vida y la obra de un hombre. En esta ocasión Antonio de Undurraga ha evitado toda clase de disquisiciones más o menos antojadizas. Su libro revela en él, a un certero catador de la belleza vaciada en moldes poéticos. Y, además, su libro tiene la virtud de darnos una imagen exacta de Pezoa Véliz, tratada con severidad y con amor al mismo tiempo.

A través de las amenas páginas del libro de Undurraga, vamos avanzando en el conocimiento del desgraciado bardo nacional. Lo vemos sumergido en la más negra miseria, lo sentimos acribillado por la desesperación y el abandono, lo encontramos triste y desen-

cantado en sus amores y en sus aventuras pasajeras. Es un Pezoa Véliz de carne y hueso. Un hombre que camina por la calle con sus sueños y su incapacidad para luchar con la dura realidad. Las notas de su diario, que Undurraga ha escogido con gran acierto, dan una idea exacta de sus dudas, de sus vacilaciones, de sus ráfagas de alegría. El poeta no tiene a veces qué comer. Pero se está alimentando de sus sueños de belleza, de sus esperanzas en que un día lucirá un día radioso que lo venga a arrancar de su terrible soledad.

No podemos dar un juicio de mayor hondura estética para aquilatar la obra de Undurraga en esta nota en la cual damos cuenta de su aparición. Pero desde la primera página hasta la última se advierte en ella una conciencia austera para elaborar en un ensayo de gran proyección, lo que significa la trayectoria poética de ese cantor de la vida chilena, de ese narrador poético que en sus composiciones nos daba imágenes frescas, pintorescas y llenas de colorido de lo que se quedaba en lo más íntimo de su corazón de poeta.

Undurraga le ha hecho un positivo servicio a la cultura chilena al escribir este libro, en el cual se proyecta con la más noble y enaltecida intención, lo que significó la obra de Pezoa Véliz, sus luchas en un medio adverso, y su inalterable fe en la capacidad de su talento de artista. Hay en el libro de Undurraga un hálito de optimismo, de salud estética, si se pudiera así decir, pues en ningún momento alude a nada ni a nadie con acrimonia. Los hombres que estuvieron cerca de Pezoa Véliz, muchos de los cuales aun viven, no son tratados en manera alguna con desdén ni reciben de su juicio, palabras de condenación. Lleva a su héroe por difíciles caminos. Lo hace vivir en medio de los más crueles accidentes, y tiene el buen gusto de

destacar en medio de todo la figura del poeta que se aferra a su destino, con ilusión inextinguible.

Creemos que esta obra de Undurraga es definitiva en cuanto concierne a la obra y vida de Pezoa Véliz. Se advierte en todos los detalles la búsqueda metódica, la medida valoración de hechos y circunstancias. Demuestra de este modo una serenidad de juicio que no es frecuente. Y en este caso de Pezoa Véliz hubieran podido decirse cosas muy amargas, pues su destino fué triste como el de una flor exquisita y delicada que hubiera florecido en medio de un campo enmalezado. Los que lean este hermoso estudio de Undurraga, tendrán la satisfacción de quedarse con una imagen viva y perdurable del autor de «Pancho y Tomás», de «Teodorinda» y de «El Pintor Pereza».